

tal que adorais. La nuestra consiste en resolernos á todos los tormentos que inventare la rabia de vuestros verdugos: nada perdemos dándole nuestra vida á aquel de quien la tenemos, y recibiendo en trueque el tesoro, y el precio inmenso de la gloria que nos aguarda.

El Pretor rabiando de cólera, les hizo estender sobre el potro (1), queriendo á lo menos mandar sobre sus cuerpos, ya que nada pudiese sobre sus almas; y satisfaciendo tanto mas su furor, quanto mas tardase el verdugo en atormentarlos sin quitarles la vida. No obstante, mandó, que despues de estas largas, y crueles pruebas, se les cortase la cabeza. El verdugo, por lisonjear indignamente á el Prefecto, lo que aumentó el mérito de estos Santos Mártires, les atravesó con una lanza las gargantas antes de acabarlos de matar con la espada.

De este modo subieron al Cielo. Donaciano, glorioso por haber ganado á su hermano; y este, dichoso por haber llegado como él á la corona del Martirio; habiendo sido el uno la causa de la salvacion del otro, y siendo la conversion de este la recompensa del primero. Sostenidos por una abundante gracia, y fortificados por la esperanza del premio que se les acercaba, consumaron felizmente su vida por medio de una muerte gloriosa, que los hace felices con aquel á quien sea el honor, y la gloria por todos los siglos de los siglos. Amen.

(1) Véase la persecucion de Diocleciano, n. 12.

MARTIRIO DE LOS SANTOS

VICTOR, ALEXANDRO, FELICIANO, Y LONGINOS.

Sacado de quatro Manuscritos: á saber, de la Biblioteca de S. German de los Prados: de los Celestinos de París: de Longpont; y de M. el Presidente Boubier.

Cerca del año de Jesu-Christo 290, en el imperio de Diocleciano, y de Maximiano. El día 21 de Julio.

MArsella, á quien la magnificencia, y la solidez de sus edificios hicieron en otro tiempo muy famosa, es una grande Ciudad. Está situada en un hermoso país á la entrada de las Galias, desde donde estiende su comercio de mar, y tierra, hasta los más distantes pueblos. Sus riquezas, el puerto, y el concurso de todas las naciones que acuden, y arriban á él, el ánimo mismo, y el valor natural de sus habitantes, la habian hecho elegir á los Romanos para ser en el Occidente una de sus Capitales; y así estendió mas que ninguna otra el culto supersticioso, y sacrílego de las divinidades Romanas. Habiéndose hecho orgullosa, y feroz por sus ventajas, parecia haber perdido toda sombra de humanidad en la persecucion que declaraba á los Fieles. Sus Ciudadanos, especialmente á vista de los Emperadores, hacian alarde de arrojarse como lobos hambrientos sobre los rebaños de los Santos, que congregaban cuidadosamente de todas partes. No

perdonaba ni á sus propios hijos ; y sin diferencia de edad , ni de sexô , todos los que se hallaban en ella alistados en el Christianismo, eran llevados como en triunfo á los Altares de aquellos demonios , en donde despues de todas suertes de insultos , y de tormentos , eran degollados con menos compasion que los animales.

Entre estas preciosas víctimas , particularmente resplandeció el santísimo Martir Victor , como una estrella mas brillante que todas las otras , ya por la nobleza de su origen , ya por sus luces , y su fervor en nuestra Religion , ó ya en fin , por aquel orden de la Providencia , que habiéndole presentado al Emperador Maximiano , el mas brutal , y el mas detestable de los Paganos , quiso que su constancia verificase el nombre de Vencedor , que en el de Victor habia recibido al nacer.

Vino este Emperador por sí mismo á Marsella. Tiempo habia que se reconocia terrible para los Christianos , por tanta sangre derramada , especialmente en las Galias , con mas abundancia que todos sus predecesores ; pero particularmente por aquel estrago memorable contra la Legion Tébaná , que habia hecho morir en Agauna (1). Este malvado , siguiendo su impiedad , según la expresion de la Escritura , y para colmar la medida de sus delitos antes del fin de su vida , se declaró luego perseguidor infatigable de la virtud : y como si no hubiese hecho hasta entonces

(1) S. Mauritz , ó S. Mauricio.

mas que comenzar , dirigió toda su rabia contra los Christianos que rehusaron rendirse , haciéndolos padecer una muerte cruel por los tormentos mas escogitados. En medio de esta tempestad de males , que asustaba , y trastornaba la mayor parte de los nuestros , Victor siempre se mostró intrépido. Todas las noches visitaba los Christianos , yendo de casa en casa á inspirar á estos siervos de Dios el desprecio de una muerte transitoria , y á encender en ellos el amor de la vida eterna.

Bien presto fue sorprendido en este peligroso ejercicio , y conducido á los Tribunales. Atrahíanle los Jueces al principio con dulzura á no abandonar de este modo el favor del Emperador por seguir las leyes de un hombre muerto despues de tan largo tiempo. Pero Victor animado del espíritu de Dios , les prueba luego que sus divinidades eran solamente demonios impuros. Decláralos despues , que siendo soldado de Jesu-Christo , renunciaba todo puesto en el ejército , y en la Corte del Emperador , si el honor de su primero , y verdadero Maestro se interesaba en ello. En fin , enseñóles en alta voz con una fuerza , y una libertad maravillosa , que Jesus Hijo del Altísimo , se hizo verdaderamente hombre mortal por amor á la naturaleza humana : se expuso tambien á la muerte por los impíos , del mismo modo que lo deseó ; y que por su virtud , del todo divina , habia resucitado al tercero dia , y despues subido á los Cielos , en donde recibió de

su Padre un Reyno eterno, é inalterable. Al oír estas palabras los Asistentes dieron furiosos gritos. Llenan de injurias al Santo Confesor. No obstante, como era hombre considerable, hallaron los Jueces por conveniente el remitir su causa al Cesar; que habiéndola sabido, mandó furioso, y lleno de rabia que se llevase sin dilacion á este Santo á su presencia.

Presentado el bienaventurado Víctor al cruel Emperador, se vé abrumado de acusaciones violentas, y reiteradas. Instanle tambien con todas suertes de promesas, y de amenazas á dar adoracion á los Idolos. Pero fortificado mas por estas pruebas, con las quales se habia familiarizado, y cansado de habitar sobre la tierra con la esperanza, y el derecho que tenia ya al Cielo: en una palabra, como fortificado, y embriagado de una bebida celestial, confundió por su sabiduría, y por su firmeza al bárbaro Emperador, y á todos los principales que le asistían, haciendo ver claramente la vanidad de los Idolos, y probando invenciblemente la Divinidad de Jesu-Christo.

Entonces el impío Tirano, mas furioso que un leon, y mas maligno que una serpiente, se dexó llevar de los extremos furores que el diablo le inspiraba, y condenó al Santo Martir á ser arrastrado por el lodo, con cuerdas, por todas las calles de la Ciudad, á fin de vengar por esta ignominia sus ofendidos Dioses, y ponernos miedo con este exemplo. La noticia de esta sentencia atraxo una terrible multitud de pueblo á este es-

pec-

pectáculo, que viendo arrastrar así á este defensor generoso del Evangelio con los pies, y las manos atadas, aumentaban sus tormentos con los golpes que le daban, ó á lo menos con sus injurias, ya que mas no podían, juzgándose por felices de contribuir en algun modo á su suplicio.

Habiendo saciado de este modo el generoso Víctor la bárbara curiosidad de un populacho desenfrenado, fue vuelto á llevar, todo molido, y todo ensangrentado, al tribunal de sus Jueces, en donde le hicieron nuevas instancias porque negase á Jesu-Christo, y adorase á los falsos Dioses: imaginándose estos impíos, que cansado de los tormentos, injurias, y gritería popular, que habia sufrido, pensaría en salvar la poca vida que le restaba sin defender mas su religion; representáronle nuevamente la ofensa que hacía al Cesar, y á la República. Exâgeraban la locura que hallaban en él de sacrificar el favor, y la amistad de los Dioses, y de los Príncipes, los placeres, y los honores del mundo, su cuerpo, y su vida á la esperanza de un bien que nadie habia jamas visto, ni conocido: el atraer sobre sí con alegría del corazon todo quanto la venganza, y la cólera humana pueden inventar de castigos, y de suplicios; el exponerse á ellos, y el padecerlos á vista de sus amigos, y de sus desesperados secuaces. Añadían que el funesto castigo que acababa de experimentar, debia ayudarle mucho á reformar su dictamen; y que en fin cesase de despreciar á los Dioses, cuya ma-

ges-

gestad brillaba en los templos, cuyos beneficios se derramaban sobre todos: que la venerable antigüedad reconocia, y que aun eran adorados en el dia por los mayores hombres; cuya benevolencia hacía prosperarlo todo, y cuya ira era capaz de aniquilar el mundo entero. Que se negase á un Dios que habia vivido pobre, y miserable, y cuya infame muerte descubria bastante su poco poder. Que con estas condiciones, no solamente se libraría del último suplicio que le aguardaba, sino que tambien se hallaría bien presto en estado de ser recompensado por estos mismos con las riquezas, y las dignidades de que el Cesar le iba á colmar. Pero que al contrario, si rehusaba semejantes ofertas, se iban á apurar sobre él los oprobios, y los tormentos, de los cuales habia visto ya algun diseño, para hacerle pasar á la pretendida, y quimérica gloria de su Maestro por el mismo camino que él.

A estas palabras sostenido el Martir con la victoria que acababa de alcanzar, lleno de la gracia, y de la fuerza del mismo Dios, siendo el oráculo del Espíritu Santo, pronunció este discurso en medio de la Asamblea.

“ Si no se tratase aquí mas que del interés del Cesar, y de la República, que se mezclan en la acusacion que intentan contra mí, mi defensa consistiría en protestar, que yo jamás he ofendido al Emperador, ni faltado al respeto que le debo, ni tampoco he dexado de servirle en mi profesion, y segun mi ministerio. To-
 „ dos

„ dos los dias ofrezco con los demas fieles un
 „ precioso sacrificio por su salud, y la del Im-
 „ perio; yo ofrezco una Hostia, no sangrienta,
 „ sino incruenta, y espiritual por la conservacion
 „ de la República. Pero en fin, ¿hay alguno que
 „ no atribuya á el último exceso de locura, y de
 „ ilusion el apegarse de tal modo á un bien que
 „ no se le prefiera á otro cien veces mayor? ¿Y
 „ qué sería aún, si este primer bien que voso-
 „ tros teneis, jamas fuese tal como lo deseaseis, que
 „ no le pudieseis retener sin temor; y que en fin
 „ todos vuestros temores no os lo pudiesen asegu-
 „ rar? ¿Y que al contrario, el bien que excede
 „ cien veces al primero, estuviese en vuestra dis-
 „ posicion todas las veces que quisieseis: que lo
 „ pudieseis gozar tranquilamente, y sin sobresal-
 „ to; y que en fin no hubiese ni disminucion de
 „ su parte, ni disgusto de la vuestra, ni estraña
 „ violencia que pudiese jamás hacerle perder? Pues
 „ no hay hombre prudente, y de reflexion que igno-
 „ re que el favor del Príncipe, los placeres del mun-
 „ do, la gloria, los honores, los amigos, la salud,
 „ y la misma vida, son bienes que no se adquieren
 „ quando se quiere: que no se poseen seguramen-
 „ te, que no se conservan largo tiempo; y que
 „ así es necesario preferirles las alegrías inefables,
 „ y sólidas, que nacen de la fruicion de Dios,
 „ autor de todas las cosas, que se le posee al
 „ punto que se le ama, y con el qual se posee
 „ todo: que recompensa con un tesoro inmenso,
 „ y eterno las frívolas, y cortas ventajas del mun-
 „ do

„ do presente , que se abandona por él. Y así,
 „ no es una muerte , sino un pasage delicioso el
 „ camino que nos lleva á tal vida. Y como los su-
 „ frimientos que apagan los fuegos del infierno,
 „ no son suplicios , sino verdaderos refrigerios,
 „ nada hay tampoco por otra parte , ni mas insen-
 „ sato , ni mas baxo que obstinarse en mirar á sus
 „ enemigos como á su Dios , y atraerse por este
 „ medio despues de esta vida , una muerte eter-
 „ na , y unos tormentos que no tienen medida en
 „ su rigor , ni ven su duracion. ¿ Y cuál es este
 „ enemigo de que estoy hablando , sino aquel
 „ que enseña , y que convida por su exemplo á
 „ hacer cosas vergonzosas , y que se castigan aún
 „ con mucha razon entre los hombres con la
 „ muerte ? No me negareis , que los versos que
 „ haceis recitar , y cantar públicamente , no sean
 „ un modo de enseñar á los hombres. Pues todo
 „ lo que acabo de decir se refiere á vuestros Dio-
 „ ses , cuyos horribles delitos no solamente re-
 „ suenan en vuestros teatros , sino tambien son
 „ celebrados por vuestros cánticos , y colmados
 „ de alabanzas en vuestros templos. *inim si*
 „ ¿ Quién de vosotros ignora los latrocinios
 „ públicos de vuestro Júpiter , y los parricidios
 „ que ha cometido mientras vivió ? ¿ A quién se
 „ le ocultan sus adulterios , ya secretos , ya pú-
 „ blicos , frutos de sus engaños , y violencias ?
 „ ¿ No se vé la crueldad maligna del incesto per-
 „ petuo de la Reyna de los Dioses , hermana , y
 „ muger de Júpiter ? ¿ La implacable ferocidad de
 „ Mar-

„ Marte ; las infamias del sucio Priapo , y de la
 „ deshonesta Venus ? ¿ Qué diré yo de la calen-
 „ tura , y de la palidez de aquella multitud de
 „ Dioses , y Diosas que vosotros mismos llamais
 „ funestos , y que reconoceis por enemigos de la
 „ naturaleza humana ? Casi me avergüenzo echa-
 „ ros en cara vuestras divinidades de las Cloacas,
 „ monstruos que reducen sus viles adoradores á
 „ prosternarse en unos lugares , cuya vista , y
 „ proximidad no se puede sufrir. Y así bien se vé
 „ á qué punto han llegado vuestros enemigos ; esos
 „ grandes Dioses , cuya magestad de madera , de
 „ piedra , ó de cobre , obra de vuestras propias
 „ manos , está manchada en los templos por los
 „ pájaros , y por los animales mas inmundos , de
 „ quienes acaso habreis recibido males , pero cier-
 „ tamente no habeis recibido bien alguno : que
 „ han abandonado vuestros antepasados á pesar de
 „ todo su zelo , y toda su devocion , á las in-
 „ felicidades que les han acometido ; y que vues-
 „ tros Príncipes debieran en fin abatir por su pro-
 „ pia gloria , puesto que los que siguen su exem-
 „ plo son conducidos por vosotros mismos al ca-
 „ dalso ; y que no puede ser sino detestando su
 „ vida , y sus acciones , el que la inocencia , la
 „ hombría de bien , y la justicia sean exercitadas
 „ sobre la tierra. No obstante esos Dioses no cui-
 „ darán de favorecer á los que de este modo se
 „ opusieren á ellos ; pues al fin regularmente no
 „ se ama , sino á sus semejantes : y si es que se
 „ atreven á imitarlos , no solamente se expo-
 „ nen